

**limbo**

Núm. 30, 2010, pp. 111-120

ISSN: 0210-1602

## REVISTA DE LIBROS

### El placer de ser uno mismo. Actualidad del pensamiento y de la obra de George Santayana

DAVID PÉREZ CHICO

JOSÉ BELTRÁN LLAVADOR, *Un pensador en el laberinto. Escritos sobre George Santayana*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2009, 198 pp.

1. La obra y la figura de George Santayana se asientan definitivamente entre nosotros. Y aunque no sea muy partidario de emitir este tipo de juicios —no tanto porque puedan no ser acertados, como por lo expuestos que están a los vaivenes de las modas académicas y editoriales—, en este caso haré una excepción ayudado por la impresión de que el libro objeto de nuestro comentario marca un antes y un después en la corriente vindicativa de Santayana que viene teniendo lugar, principalmente en nuestro país, aunque no únicamente, desde hace un par de décadas. Beltrán Llavador, uno de los impulsores de esta corriente, ha escrito un libro que no sólo muestra el gran conocimiento que posee de la obra de Santayana sino que, además —y ésta es la razón para que nos hayamos aventurado a emitir el juicio inicial— levanta acta de manera sistemática y exhaustiva de los numerosos resultados que ha tenido esta corriente vindicativa y demuestra al hacerlo que, en conjunto, se trata de algo muy serio y muy estable. Sin duda los especialistas y todos los que, sin serlo, querrían acercarse a la obra de Santayana, pero no saben por dónde empezar, agradecerán el esfuerzo llevado a cabo por nuestro autor.

2. En mi caso, sin ser obviamente un especialista, pero tampoco un desconocedor absoluto de Santayana, el primer encuentro con

su obra se remonta, hace ya un buen número de años, a la lectura de su autobiografía *Persons and Places*.<sup>1</sup> Esta primera lectura despertó mi interés por su obra y recuerdo haber leído, por ejemplo, *Diálogos en el limbo*<sup>2</sup> entre otras obras que tuve la oportunidad de adquirir en aquel momento. Estas primeras lecturas tuvieron como resultado más destacado que durante unos años cualquier referencia a Santayana despertara mi curiosidad a las primeras de cambio, pero cuando tuve la oportunidad (o la necesidad) de dedicarle una atención más sistemática, el libro elegido fue *Escepticismo y fe animal*. Buscaba inspiración para una memoria de licenciatura dedicada a *Sobre la certeza* de Ludwig Wittgenstein. Los paralelismos entre ambos autores, y entre éstos y Hume o Peter Strawson, cuando esgrimen las bases naturales de nuestras creencias frente a escépticos y dogmáticos por igual, me parecieron por aquel entonces muy sorprendentes e iluminadores. Pero a la hora de elegir una actitud filosófica opuesta tanto a las dudas escépticas como a las afirmaciones de una epistemología basada en la definición tradicional del conocimiento, me pareció más interesante la opción de cuestionar dicha definición, antes que la de aferrarse a la posibilidad de que, en realidad, no haya nada que conocer. A día de hoy probablemente matizaría esta impresión, pero no es ésta la mejor ocasión para hacerlo.<sup>3</sup>

Más adelante, la aparición del libro de Hodges y Lachs *Thinking in the Ruins*<sup>4</sup> vino a reforzar la primera intuición sobre los parecidos existentes entre Santayana y Wittgenstein —en esta ocasión en torno a sus respectivas actitudes frente a la contingencia de las fuentes de sentido de nuestra existencia—. Sin embargo, cuando tuve oportunidad de expresar mi opinión sobre el trabajo de Hodges y Lachs no pude por menos que mostrar mi desconcierto ante los “asombrosos” paralelismos expresados por los autores en el libro. Sigo pensando que, efectivamente, encontramos en ambos autores un impulso filosófico que guarda reveladores parecidos de familia: por ejemplo, y de manera muy destacada, que sus respectivas actitudes, a pesar de que en ocasiones han recibido el apelativo de “quietistas” o incluso conformistas, no nos conminan a recobrar una cierta inocencia an-

terior a la profesionalización de la filosofía, pongamos por caso, sino que, sin necesidad de subirse al púlpito, nos invitan a aceptar la complejidad de nuestras existencias. Coinciden, además, en su respectivas negativas a crear escuelas filosóficas, en su rechazo a considerar que la filosofía sea (únicamente) una profesión, y en un característico desarraigo vital e intelectual. No obstante, las diferencias existentes en el pensamiento filosófico de ambos son muy notables.<sup>5</sup>

Con todo, a pesar de que la influencia en mi formación posterior debe mucho más a mis lecturas de la obra de Wittgenstein que de la de Santayana, he mantenido un interés especial desde una respetuosa distancia por el pensamiento del segundo. Su vigencia se manifiesta, por ejemplo, en que nos puede ayudar a plantear algunos interrogantes que cuestionan la deriva profesional fomentada desde las distintas agencias nacionales y europeas que, amparadas en el loable objetivo de asegurar unos ciertos niveles de calidad en la educación superior, fian el éxito de su empresa a una articulación de criterios que sirvan para medir la producción filosófica que no sólo es ajena al pensamiento de Santayana, ya que no estamos refiriendo a él, sino a la naturaleza de la propia filosofía.

Con su ejemplo vital e intelectual, preocupado por obtener una perspectiva filosófica y axiológica lo más neutral posible antes que por seguir las modas imperantes, Santayana nos recuerda que la filosofía no debería alejarse de los problemas humanos en pos de una autojustificación necesaria para asegurar el nicho académico correspondiente. Aunque sólo fuera por esto, cualquier intento de mantener vivo su legado está más que justificado. Pero no es la única razón y el libro de Llavador contribuye a reforzar esta impresión.

3. Tras la lectura de *Un pensador en el laberinto*, no podía dejar de plantearme qué le parecería al propio Santayana el impulso vindicativo que venimos mencionando desde el principio. Por un lado es seguro que se sentiría halagado, pero por otro, puedo imaginármelo torciendo el gesto ante cualquier intento de localizar, delimitar, etiquetar o, peor aún, de nacionalizar su pensamiento y su obra.

No quiero dar a entender que alguno de los anteriores sea el objetivo principal, ni siquiera explícito, de los trabajos, investigaciones y reuniones a los que ha dado lugar el interés por Santayana en los últimos años, sino más bien que se trata de una suerte de efectos colaterales de este tipo de empresas. Sobre todo si a la base de las mismas se sitúa la idea de que la figura vindicada no ha sido tratada con justicia o no ha tenido el reconocimiento que se merece.

En cuanto a la nacionalización del pensamiento de Santayana, Beltrán Llavador suscribe los comentarios de Ignacio Izuzquiza al respecto según los cuales no tiene mucho sentido embarcarse en este tipo de disputas (p. 61). Pero si dedicamos algo de tiempo a revisar la literatura secundaria recogida por Llavador, o simplemente leyendo el libro de éste, observamos que abundan las referencias al pensador *español*, al desconocimiento en España de su obra (como si ello fuera peor que el desconocimiento de Santayana en otro país cualquiera), a que todo empeño por revertir dicha situación es poco, etc.<sup>6</sup> Se trata de un asunto espinoso y de solución tan difícil como innecesaria —aunque pueda parecer un detalle sin importancia, el propio Llavador llama indistintamente George o Jorge a Santayana, si bien es más frecuente lo segundo que lo primero—. Con todo, y aunque sólo sea para que no parezca que miro para otro lado, diré —una obvia, por otra parte— que uno no elige el lugar en el que nace, pero sí el idioma en el que escribe. O, ya puestos: ¿qué diríamos si Santayana hubiera nacido, pongamos por caso, en Manila y no en Ávila? ¿Apelaríamos en ese caso a la nacionalidad de sus padres antes que a su lugar de nacimiento a la hora de hablar del filósofo español?<sup>7</sup>

Entiendo que es muy difícil cuando uno admira a un autor evitar la sensación de que todo homenaje y tributo a su pensamiento es poco. Pero, tal y como el propio libro de Beltrán Llavador se encarga de dejar claro, la obra de Santayana ya no está huérfana de interés. Pocos autores pueden competir en estos momentos con la cantidad de traducciones de su obra y de monografías y ensayos sobre la misma. Y no muchos autores contemporáneos podrían presumir de contar con una revista dedicada exclusivamente a la divulgación de su pen-

samiento (*Limbo*), ni de la celebración de tres congresos internacionales en unos pocos años. Pero, además, sospecho que el propio Santayana diría que esta preocupación o insatisfacción está injustificada. Su trayectoria vital, y también la intelectual, demuestran que nunca buscó el reconocimiento ni pretendió crear escuelas. El interés que pudiera despertar su obra tendría que ser el resultado de un esfuerzo individual, una obra de la razón especulativa que tan bien supo cultivar Santayana. De ahí que la descripción que hace Borges de un Santayana dedicado a cultivar el placer de ser él mismo (y que acertadamente recoge Beltrán Llavador y aquí he utilizado como título de mi comentario),<sup>8</sup> le hace mejor justicia.

Independientemente de la opción por la que nos decantemos, lo que parece claro es que tanto el pensamiento como la obra de Santayana pierden gran parte de su potencia y originalidad si tratamos de etiquetarlos filosóficamente o demarcarlos geográficamente. Santayana, así nos lo recuerda Llavador en varias ocasiones, decía de sí mismo que no era sino un huésped del mundo; en muchos aspectos su horizonte filosófico era una perspectiva neutral al alcance tan sólo de un ciudadano del mundo,<sup>9</sup> de un pensador desasido.<sup>10</sup> Pero vayamos por partes.

4. *Un pensador en el laberinto* no es exactamente un ensayo, sino más bien un álbum en el que se dan cita diferentes trabajos sobre Santayana que Beltrán Llavador ha publicado en los últimos años (el trabajo más antiguo es de 2002), y otros dos que no son suyos, pero que se incluyen al final del libro como parte de esa invitación a la lectura de la obra de Santayana que constituye el objetivo principal del libro.<sup>11</sup> Se trata de la reedición de una reseña “panorámica” de Ramón del Castillo que fue publicada en *Revista de Libros*<sup>12</sup> y de una respuesta de Daniel Moreno, a modo de epílogo, a algunas de las cuestiones planteadas por del Castillo en su reseña. Pero volvamos al principio, pues los anteriores trabajos, junto con otras tres reseñas a cargo de Beltrán Llavador, forman parte de la tercera y última parte del libro, la que más claramente es una invitación a la lectura.

Tanto en la Presentación del libro (firmada por Román de la Calle) como en la Introducción al mismo se nos informa de que lo que tenemos en nuestras manos está concebido como una “suerte de *reading* sobre Santayana” (p. 11), y los textos se ordenan temáticamente en tres bloques. El primer bloque lleva por título “Laberintos de sentido” y recoge cuatro textos de carácter más preliminar e introductorio, pero también son los que responden más fielmente al objetivo de reclamar un lugar para Santayana dentro del espacio filosófico y cultural español. Se trata, en resumidas cuentas, de ofrecer una visión panorámica de la obra de Santayana, así como de la recepción de la misma en nuestro país. Los cuatro capítulos que componen este primer bloque son: “Vindicación de un pensador universal” (repaso de la vida y la obra de Santayana con el objetivo que claramente expresa el título del capítulo); “La biblioteca secreta de George Santayana” (donde la atención se centra más bien en las lecturas que habría realizado Santayana); “Sueños de pájaro enjaulado” (el capítulo que me ha parecido más interesante. Un recorrido por las distintas etapas que habría atravesado el reconocimiento —o la falta del mismo— de la obra de Santayana en nuestro país. Beltrán Llavador realiza una magnífica y exhaustiva reconstrucción de casi un siglo de encuentros y desencuentros en la que va quedando dibujada la topografía de las fuentes primarias y secundarias sobre la obra y el pensamiento de Santayana);<sup>13</sup> “Diálogos en el hiperlimbo” (el capítulo que cierra este primer bloque es un interesante ejercicio literario en el que Llavador dialoga con un Santayana localizado en el limbo de la era de la información, es decir en el *hiperlimbo*).

En el segundo bloque —“El hilo y la trama”— el autor se enfrenta directamente con la variedad y riqueza del pensamiento de Santayana, o más exactamente, con la materialización del mismo en algunos de los libros más representativos de su trayectoria intelectual, así como de la variedad de sus intereses. Son, de nuevo, cuatro capítulos, más un anexo. El primer capítulo, “La razón en la sociedad”, se ocupa de la filosofía social de Santayana tal cual la encontramos en el segundo libro de *The Life of Reason* y en el último libro escrito por

Santayana: *Dominations and Powers*. Llavador se maneja con soltura en un terreno que no es cómodo para un seguidor de Santayana. Un terreno que se presta a las malas interpretaciones, o más exactamente, a las interpretaciones sesgadas. Únicamente una interpretación que tenga en cuenta la concepción filosófica de Santayana hará justicia a sus apreciaciones sobre la cultura de masas o la democracia. Creo que Llavador logra hacerlo sin dejar de mencionar los aspectos más conflictivos del pensamiento de Santayana al respecto.

En “El arte emancipado” le llega el turno a la estética, la primera de las disciplinas tratadas sistemáticamente por Santayana, para quien, según nos dice Llavador, “la experiencia de la belleza supone la excelencia de la vida humana” (p. 121). Nuestro autor construye su comentario a partir de la primera publicación de Santayana, *El sentido de la belleza*, y del cuarto volumen de *The Life of Reason*. En el tercer capítulo —“Provincias de la realidad”— Beltrán repasa la epistemología y la metafísica de Santayana en dos de sus mejores libros: *Scepticism and Animal Faith* y *Realms of Being*, y en torno a una pregunta crucial: ¿Qué sabiduría es posible en un animal cuya mente es poética antes que literal? (p. 133). Para el final —“Variedades de la experiencia educativa”— queda el interés de Santayana por la educación tal cual queda reflejado en el que probablemente sea su trabajo de ficción más conocido y destacado: *The Last Puritan. A Memoir in the Form of a Novel*. A este extenso capítulo le sigue un anexo titulado “Para un breviario sobre la educación sobre Santayana”, en el que Llavador incluye unos comentarios sobre el pensamiento de Santayana en materia educativa tal cual fue expresado en los cinco libros de *The Life of Reason*.

El libro se cierra con la mencionada tercera parte —“Una invitación a la lectura”— en la que a los dos trabajos referidos arriba, se añaden tres reseñas del autor: “Escepticismo y fe animal”, “Platonismo y vida espiritual” y “Bajo cualquier cielo”.

5. Formalmente, como vemos, el libro de Beltrán Llavador cumple con creces sus principales objetivos, a saber: ofrecer de manera ordenada y progresiva una panorámica general de la obra de Santa-

yana que despierte un mayor interés por la misma y que, de paso, justifique el interés que ya ha logrado suscitar entre numerosos especialistas e investigadores. El cielo (cualquier cielo) y no las fronteras nacionales de tal o cual país, debería ser el límite de dicho interés.

No obstante, antes de finalizar quisiera comentar un aspecto menor pero que, por evitable, me parece reseñable y le resta brillantez al resultado final. Se trata de que, por momentos, la lectura del libro se ve dificultada, e incluso interrumpida, por un excesivo e injustificado número de repeticiones que una labor de edición algo más exhaustiva de los textos reunidos en el libro podría haber corregido sin mayores problemas. Admitiré, no obstante, que como se trata de un *reader* sobre Santayana, esta objeción podría estar de más. No obstante, algunos de los textos incluidos transmiten la sensación de que ha primado el interés por incluirlo todo antes que el de evitar solapamientos y repeticiones innecesarias. En este sentido, es posible que la naturaleza de los escritos reunidos en este libro traicione las encomiables intenciones de nuestro autor. O puede que no sea tanto la naturaleza de los escritos, como el que quizás no hayan sido suficientemente revisados y editados para su publicación conjunta, lo cual se comprueba en la existencia de numerosas repeticiones de declaraciones de intenciones, juicios, expresiones, anuncios de abreviaturas de títulos de libros que se repiten en distintos capítulos, etc. Y no es tanto que lo que se diga esté mal o sea incorrecto —que no lo es—, como que cuando nos encontramos con la enunciación de la misma idea, del mismo juicio o el mismo comentario en dos o tres capítulos distintos como si cada una de esas veces fuera la primera, aumenta la sensación de que hubiera sido necesaria una labor de edición más profunda.<sup>14</sup>

6. Si bien lo anterior puede restar algo de brillantez a la exposición de Llavador, nada de ello resta valor a uno de los principales méritos que tiene el libro: una invitación a la lectura de la obra de Santayana hecha por un autor que demuestra conocerla en profundidad y que le profesa una encomiable admiración. Se trata, además, de una invitación a la lectura de la ingente e imparable bibliografía



secundaria sobre el pensamiento y la obra de Santayana entre la que, a partir de ahora, habrá que situar en un lugar destacado a *Un pensador en el laberinto*, de Beltrán Llavador.

Departamento de Filosofía  
Universidad de Zaragoza  
C/ Pedro Cerbuna, 12  
50009 Zaragoza  
E-mail: dcperez@unizar.es

## NOTAS

<sup>1</sup> Santayana, G., *Persons and Places: Fragments of Autobiography*, Holzberger y Saatkamp Jr. (eds.), Cambridge, The MIT Press, 1987 [hay traducción al castellano de Pedro García Martín, *Personas y lugares. Fragmentos de autobiografía*, Madrid, Trotta, 2002].

<sup>2</sup> Santayana, G., *Diálogos en el limbo*, Madrid, Tecnos, 1996.

<sup>3</sup> No son pocos los trabajos que han explorado estos paralelismos, pero a quien pudiera estar interesado por profundizar en ellos, le recomendaría que leyera el excelente trabajo de A. Faerna “Instrucciones para arrojar una escalera. Wittgenstein y Santayana sobre el escepticismo”, en *Limbo*, 27, 2007, pp. 55-69. Léase también, en el mismo volumen, el trabajo de Luis Valdés Villanueva, “Los argumentos de Santayana y Wittgenstein contra el escepticismo: semejanzas y diferencias” (pp. 71-90).

<sup>4</sup> Hodges, M. y Lachs, J., *Thinking in the Ruins. Wittgenstein and Santayana on Contingency*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2000.

<sup>5</sup> Cfr. Pérez Chico, D., “Contingencia y filosofía. Un comentario crítico de *Thinking in the Ruins*”, *Limbo*, 27, 2007, pp. 145-154. Quien quiera profundizar en las diferencias existentes entre Santayana y Wittgenstein puede consultar los trabajos reunidos en este número especial de la revista *Limbo* dedicado al libro de Hodges y Lachs, pues prácticamente todos son, en mayor o menor medida, críticos con los paralelismos establecidos por Hodges y Lachs.

<sup>6</sup> Encontramos comentarios de este tenor en diferentes partes del libro pero, por citar sólo una, pueden verse en las páginas 63 y 64. En muchos casos se trata de meras repeticiones que, como diremos más abajo, indican una insuficiente labor de edición de los textos reunidos en el libro, pero no comprometen al autor con una postura radical respecto a esta cuestión.

<sup>7</sup> Para una argumentación en contra de la supuesta hispanidad de Santayana véase el estudio introductorio de Javier Alcoriza y Antonio Lastra a su edición de *La filosofía en América*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pp. 14 y 15.

<sup>8</sup> Borges, J. L., *Textos cautivos, Obras Completas*, vol. II, Barcelona, RBA, 2005, p. 776.

<sup>9</sup> Cfr. Saatkamp Jr., H. J., “George Santayana: ciudadano del mundo”, *Revista de Occidente*, marzo 2010, 346, pp. 5-29.

<sup>10</sup> Cfr. Moreno, D., “El desasido Santayana”, *Revista de Occidente*, marzo 2010, 346, pp. 44-45.

<sup>11</sup> En la Introducción podemos leer lo siguiente: “este libro surge con el único deseo de suscitar en otras personas el deseo de leer a Santayana. Es pues una invitación abierta a su obra y a su pensamiento” (p. 14).

<sup>12</sup> “Fuego pálido”, *Revista de Libros*, n.º 138, junio 2008, pp. 9-11. Del Castillo revisa críticamente cuatro novedades editoriales aparecidas por aquel entonces en la órbita del renovado interés por la obra y el pensamiento de Santayana que vengo repitiendo en mi comentario: tres traducciones de textos de Santayana (*La vida de la razón o fases del progreso humano*, *La filosofía en América* y *Platonismo y vida espiritual*) y una monografía sobre su filosofía de Daniel Moreno (*Santayana filósofo. La filosofía como forma de vida*).

<sup>13</sup> Lejos han quedado los tiempos en los que la bibliografía secundaria en español sobre la obra de nuestro autor se reducía a unos meritorios trabajos pioneros durante la primera mitad del siglo XX o, en tiempos más recientes, a cargo de autores como Fernando Savater o Ignacio Izuzquiza. En su libro, Llavador se hace eco de estos tiempos, digámoslo así, heroicos en la tarea de vindicar el pensamiento de Santayana, y sobre ellos va colocando cronológicamente la gran cantidad de referencias que han ido apareciendo a lo largo de las últimas décadas. Allí están recogidos los esfuerzos pioneros de autores como Manuel Garrido, los citados Izuzquiza y Savater, Pedro García Martín, Daniel Moreno, Cayetano Estébanez, el propio Beltrán Llavador, Antonio Lastra y Javier Alcoriza y, desde fuera de nuestras fronteras, aunque con fuertes vínculos con los autores citados, Graziella Fantini, Herman J. Saatkamp Jr., etcétera. También tienen cabida en este recuento las iniciativas editoriales como la revista *Limbo*, o los tres congresos internacionales dedicados a la obra de Santayana (el último de ellos celebrado en Valencia el pasado mes de noviembre de 2009).

<sup>14</sup> Sin querer ser demasiado puntilloso, además de las repeticiones más concretas, que en ocasiones se reducen a un simple (aunque significativo) enunciado, creo que hubiera sido mejor no incluir, por ejemplo, la reseña “Escepticismo y fe animal” en la tercera parte del libro (pp. 173-174) porque podemos leer prácticamente los mismos párrafos, aunque ampliados, en el capítulo titulado “Provincias de la realidad”. De nuevo, lo criticable no es tanto lo que se dice o deja de decir que, como en el resto del libro, sirve para demostrar un gran conocimiento de lo que se está contando, como la duda de si realmente era necesario incluir este tipo de materiales, porque al hacerlo el álbum que decíamos al principio corre el peligro de convertirse en una miscelánea de textos.